

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 22 de febrero de 2017**

Texto de referencia: L. Giussani, Por qué la Iglesia, Encuentro, Madrid 2014, pp. 210-221.

- *Marta, Marta*
- *Leaning on the everlasting arms*

Gloria

Veni Sancte Spiritus

No debemos perder la conciencia del recorrido que hemos hecho hasta ahora antes de entrar a trabajar un nuevo capítulo. Nos estamos preguntando qué es la Iglesia, y para ello hemos partido de la observación de que la Iglesia se ha planteado desde el principio como continuación de Cristo en la historia. Hemos identificado además los elementos constitutivos de la conciencia de la novedad que tienen todos aquellos que participan en la vida de la Iglesia. Hemos visto también cuál es el método que utiliza Dios para comunicarse –a través de lo humano–, es decir, las personas a las que Él ha llamado, a las que ha elegido como instrumento de comunicación de lo divino. Entonces esta es la cuestión: quien pertenece a la vida de la Iglesia participa de este método. Dios nos ha llamado a participar de esta vida para que a través de la humanidad de cada uno de nosotros pueda pasar lo divino, pueda comunicarse lo divino. El capítulo de la Escuela de hoy empieza así: «Debemos sacar ahora consecuencias que se refieren a lo que hemos dicho hasta aquí acerca del lugar que tiene lo humano en la realidad total del fenómeno cristiano: Dios ha elegido lo humano como instrumento de comunicación» – atención al adjetivo que usa don Giussani– «existencial de sí mismo» (p. 210). Esto es lo que debemos tener en la mirada al empezar este nuevo capítulo.

Un amigo que se encuentra en el extranjero y que no podía estar presente esta noche pregunta: «Este reclamo que percibimos en este capítulo en el que se dice que la Iglesia tiene como tarea y como función la misma de Cristo, es decir, reclamar al sentido religioso, este reclamo a una “posición adecuada” para afrontar la vida, ¿en qué medida es consecuencia y signo de lo divino?». ¿Cómo responde nuestra experiencia a esta pregunta? ¿Cómo adquirimos la conciencia de que este reclamo es signo de lo divino?

Te cuento un pequeño hecho que me sucedió hace algunos días. Normalmente, al terminar el turno de trabajo de la mañana, tengo el tiempo justo para comer algo rápido e irme enseguida hasta la otra parte de la ciudad para el trabajo que tengo por las tardes. El otro día estaba en la caja del supermercado haciendo cola para pagar mi focaccia, y delante de mí tenía a un hombre sentado en una silla de ruedas eléctrica, con una sonda en la nariz y un rostro bastante triste. En un momento dado me puse a escuchar la conversación entre este hombre y la cajera, que evidentemente le conocía y que le preguntaba cómo estaba. Él le respondió que el tumor estaba empeorando. La cajera preguntó: «¿Y cómo es que no ha venido a hacer la compra la persona que le cuida?». El señor respondió: «Dice que está enferma. ¿Y que tendría que decirle yo? ¿Te parece que yo estoy bien?», y se puso a llorar. La cajera continuó: «Pero, ¿no tienes a nadie que pueda ayudarte? ¿Un sobrino, un amigo?». «No, no tengo a nadie». Entonces me surgió enseguida el impulso de ofrecerle mi ayuda, pero por una serie de medidas y pensamientos míos al final ese hombre se fue y yo no fui capaz de decirle nada. Después, durante un buen rato, empecé a echarme la culpa con un punto bastante

grande de moralismo. Pero después, por fin, en medio del túnel de estos pensamientos, empezó a abrirse camino dentro de mí una perspectiva distinta, nueva, un modo de mirarme que no es mío, sino que es fruto del camino y de la compañía que no dejáis de ofrecerme mis amigos y tú. De hecho, empecé a preguntarme: «¿Cómo es que yo, que soy incluso un poco hipocondríaco, me veo con esta pequeña certeza frente a un desconocido, hasta el punto de querer acompañarle? Y luego, aunque lo hubiese hecho, ¿qué puedo ofrecerle a un hombre que está viviendo el drama de la enfermedad?». Le habría echado una mano con la compra, le habría preparado la comida y hasta le habría pasado el contacto de un buen médico, ¿pero habría bastado todo esto? Leer la Escuela de comunidad ha sido una liberación, sobre todo cuando don Gius habla de la función de la Iglesia, del destino bueno y de la palabra definitiva sobre la vida del hombre. Yo no consigo dar la definición de estas palabras, únicamente vienen a mi mente rostros, hechos claros y precisos, desde mi historia personal hasta el rostro alegre de una querida amiga mía frente a la enfermedad y la muerte de su madre. He visto que todo el mal que he hecho, todo el dolor, la enfermedad e incluso la muerte son salvadas, no son la última palabra. Yo entiendo así esta «palabra definitiva» de la que habla don Gius. No sé cómo puede ser posible, no sé por qué, pero a este hombre y al mundo entero yo les puedo decir: «No llores, amigo mío, existe un abrazo grande para mi vida y para la tuya sea cual sea la situación en la que te encuentres». Me di cuenta de que sin esta conciencia en los ojos habría sido muy miserable ir a ayudar a ese hombre en todas sus necesidades; en cambio, cuando vuelvo a depender de mi Padre, todo vuelve a ponerse en orden, y los gestos, aunque sean torpes y limitados, se llenan de sentido. No se ha perdido nada del encuentro con aquel señor, porque ahora puedo pedir por él en mis oraciones, pedir que alguien le pueda hacer compañía, aunque no haya sido yo capaz de hacérsela. Todo es abrazado y salvado, y quizá mañana pueda encontrármelo de nuevo. Leo un pasaje de la Escuela de comunidad: «Forma parte de la experiencia de cualquiera el hecho de que muchos problemas se pudren entre las manos justamente mientras nos empeñemos en resolverlos [...]. El motivo es que nosotros mismos no estamos tampoco orientados hacia nuestro origen pues, de otro modo, tendríamos una visión de esos problemas que permitiría que apareciera su lado abordable o, por lo menos, una visión que nos permitiría aceptarlos o, en todo caso, una visión de nosotros mismos que nos haría encontrar la fuerza necesaria para pedir ayuda. Porque se trata de tener la mirada puesta en Algo más grande que los problemas concretos, lo que confiere a todo la perspectiva del buen camino» (p. 218).

Entonces, dicho en dos palabras, ¿cómo has descubierto que participar en la vida de la Iglesia es signo de lo divino?

Principalmente porque me cambia a mí.

Te cambia a ti. ¿En qué has percibido esto?

En el modo de afrontar la situación con aquel señor, por esa certeza a la que me he referido y que percibía en mí.

Uno habría podido sucumbir. No es que uno tenga que hacer las cosas adecuadas, puede incluso no hacerlas –como nos acaba de contar–, pero un instante después, cuando empiezan a surgir los pensamientos y empieza a cerrarse en sí mismo, justamente en ese punto descubre dentro de sí una mirada que es fruto del trabajo que ha hecho, fruto del lugar en el que se halla inmerso y que le permite volver a abrir los ojos y alzar nuevamente la mirada. Es la liberación. Entonces se sitúa de nuevo en medio de la existencia, viviendo como protagonista. Pero tú, ¿cómo lo has identificado? Dices: «Yo no consigo dar la definición de estas palabras [como «destino bueno», «palabra definitiva»], únicamente vienen a mi mente rostros, hechos claros y precisos». Esta percepción de uno mismo como un yo irreductible, como *persona*, y este destino bueno

como *reino de Dios* tú no lo has percibido, no lo has entendido a través una definición, sino a través de los rostros, de los hechos que han vuelto a abrir la partida, que han abierto tus ojos. En definitiva, justamente cuando a veces ni siquiera conseguimos hacer las cosas justas es cuando aparece ante nuestros ojos que es Otro el que actúa. Por eso se produce el descubrimiento de la irreductibilidad del yo.

Estoy terminando el último curso de universidad. El miércoles pasado tenía un examen oral muy importante, es uno de los últimos escollos para terminar, y había invertido en él los últimos dos o tres meses. Lo he suspendido, por tanto me ha ido mal. Pero ha habido tres cosas que me han impresionado especialmente frente a este hecho, he descubierto en mí tres cosas que me han sorprendido. Ante todo, antes del examen había ido con un amigo a la parroquia cerca de casa a rezar, y me había dicho para mis adentros: «Venga, si apruebo este examen vengo a misa todos los días durante una semana».

¡Un intercambio de favores!

Tres minutos después estaba suspendido. Podéis imaginaros mi reacción: mandar todo a freír espárragos. Sin embargo esta reacción duró poco, porque enseguida, mientras estaba derrotado y hundido, pensé: «Con mayor razón tengo que ir ahora a misa todos los días durante una semana porque si no, ¿a dónde voy a ir?», como si todo mi deseo hubiese salido a la luz mucho más, como si la relación original de la que dependo hubiese aflorado todavía más. La segunda cosa es que después, durante la comida un amigo mío que me había visto estudiar estos meses y trabajar duro estaba casi más afectado que yo y me decía: «¡Qué injusticia! Uno se implica tanto y luego no obtiene los resultados esperados». Una cosa que me ha impresionado, porque lo he percibido como algo nuevo en mí, ha sido que podía perfectamente continuar con mis quejas, y sin embargo me he descubierto en una posición nueva: «Veamos qué hay para mí aquí, ahora mismo, empezando por esta tarde y por esta noche». Me ha sorprendido que por una vez, si lo comparo con otras veces, no he hecho que terminara el día cuando yo decidía porque las cosas no habían ido como yo tenía en la cabeza. La tercera y última cosa que me ha impresionado, y que quizá es la más “absurda”, es que por la noche me iba a la cama extrañamente contento, en el sentido de que estaba en una posición en la que me veía teniendo que dar gracias porque no podía dejar de recordar pequeños gestos, pequeñas situaciones que hacían evidente que había Alguien –que tiene un nombre muy preciso: Jesús– que se hacía presente en cualquier caso, independientemente de mí, para reclamarme durante todo el día, a pesar de mis errores y de mis caídas (si considero el resultado de mi examen, no tendría que haberlo merecido): una amiga me había preparado una cena sabiendo que yo había suspendido, otro amigo estuvo conmigo hasta tarde para escribir un correo conmigo, etc. Estos hechos los uno con este Alguien que me reclama. Y no puedo dejar de reconocer que esta mirada nueva deriva del trabajo continuo que tú nos invitas a hacer sobre la Escuela de comunidad, comparando constantemente entre lo que leemos y lo que vivimos. Yo deseo que este método se vuelva mío, porque hoy tiene que ver con un examen y dentro de no mucho tiempo tendrá que ver con el trabajo, con la familia, quién sabe.

Esto es interesante. No basta con tener la definición justa, es necesario que todos los hechos que suceden (incluso aquellos que nos “cierran”, como por ejemplo suspender un examen o vivir algo que no va como debería ir) desafíen constantemente nuestra percepción del yo y de la tarea, del destino, que es el reino de Dios. Entonces es dentro, no fuera, no al lado, es dentro de la trama de la vida que nos bloquea constantemente donde nosotros podemos descubrir qué es lo que marca la diferencia. ¿Por qué? Porque

nosotros vivimos dentro de la historia. ¿Qué dice la Escuela de comunidad? Que «la salvación se produce a partir de una postura verdadera del hombre frente a sí mismo y a su destino último. Pero la palabra definitiva acerca de la estructura del hombre singular –de nuestro “yo”– y de la historia del hombre no la pueden decir en mí una introspección apasionada, ni un análisis científico, ni las diversas ideologías [...]. La última palabra [...] ha sido Dios quien la ha hecho brotar en la historia misma [como veis, a través de rostros precisos, a través de una historia que ha llegado hasta nosotros]: el Verbo se ha comunicado al hombre haciéndose carne» (p. 211), haciéndose hombre. Es a través de una historia como nosotros podemos responder a la pregunta: ¿De qué se trata? ¿Qué es esta historia que no sucumbe constantemente ante las reducciones que yo puedo hacer de mí mismo por un suspenso, por algo que no va según mis deseos, por la incapacidad de ofrecer ayuda a una persona en dificultades? ¿De dónde nace esto? ¿Qué es esta realidad humana que permite que todo vuelva a empezar? Es necesario partir de ahí para comprender el significado de la palabra «persona» y de la expresión «reino de Dios». Esto es lo que le ha permitido a nuestro amigo comprender la necesidad que tenía, incluso a través de un suspenso. Vemos de este modo que podemos reconocerle a Él por la necesidad que tenemos, porque Cristo no ha venido para los que están sanos sino para los enfermos, ha venido no solo para aquellos a los que las cosas les van bien, sino para cualquier persona sin importar lo que le sucede en la vida. Por ello, lo que paradójicamente parecería estar en contra nuestra se convierte en una ocasión para tomar conciencia de lo que ha sucedido. Entonces, ¿en qué consiste esta educación en la religiosidad? En una «solicitud continua» (p. 212) que nos llega por el hecho de pertenecer a un lugar, un lugar que es la Iglesia, que es una madre solícita.

Nosotros hacemos la Escuela de comunidad los miércoles, y el miércoles no tenía ningunas ganas de ir.

A veces pasa.

Tenía un montón de cosas en mi cabeza y sobre todo estaba un poco enfadada, pero fui igualmente, porque entiendo que ese lugar es vital para mí, es importante, representa un juicio fundamental para mi vida. Estaba allí distraída y pensaba que todas esas cosas sobre la Iglesia estaba lejos de mí en aquel momento. En un momento dado, un amigo mío dijo una cosa sencilla, imperceptible, no era desde luego lo más importante que estaba saliendo allí, pero tenía que ver con lo que estaba viviendo yo en ese momento. Este amigo contaba que le había dicho que sí a un compañero suyo, y quizá había quedado como un estúpido, mientras que personalmente tenía claro por qué se lo había dicho. Esto tenía muchísimo que ver conmigo, porque estaba enfadada precisamente por un sí que había dado y que no habría querido dar, a una profesora compañera mía: por enésima vez me había pedido poder utilizar algunas de mis horas de clase y yo le había dicho que sí para que me dejara tranquila. Pero después supe que me había pedido esas dos horas para invitar a una testigo de Jehová a hablar de su Shoah. Entonces pensé: «¿Y tenía que ser en mis horas?». Yo quería hablar de la Shoah en clase, pero tal como la concebía yo. Sin embargo aquellas palabras de mi amigo me despertaron. Había dicho un sí, pero tenía dentro una tristeza; en cambio, yo quería estar frente a mi sí como lo estaba él frente al suyo. Fui a casa y quería entender más. Me estudie toda la Shoah desde la perspectiva de los testigos de Jehová, y le pedí a mi compañera poder intervenir en el primer cuarto de hora de su clase. Fue completamente distinto, yo era protagonista de ese momento. Conocí a la testigo de Jehová, nos abrazamos y nos dimos las gracias por todo lo que habíamos comunicado, y me sentí libre. Por tanto, como decía la Escuela de comunidad, «es la dependencia de Dios lo que me devuelve a mí mismo; es la dependencia de Otro lo que me hace ser

libre» (p. 213). Me sentí libre incluso dentro del sí que había dicho a una compañera. He entendido que la Iglesia es una carnalidad hecha de rostros que pasa a través de un amigo que me testimonia una forma distinta de mirar. Yo soy la Iglesia. He comprendido que nosotros somos la Iglesia, los unos para los otros. En casa le conté todo esto a mi marido, que ese día estaba un poco enfadado porque había una clase con la que no conseguía hacerse; al día siguiente fue a la escuela y les puso a sus alumnos una música preciosa para poder volver a empezar desde un punto distinto. Es una cadena de bien, una salvación generada por una actitud justa que luego genera el ciento por uno, porque yo me sentí mucho mejor.

Una circunstancia que puede ser percibida como absolutamente contraria te ha permitido interesarte por el tema elegido por tu compañera hasta llegar a hacer tu aportación dentro de la clase, testimoniando una mirada que al principio no sabías cómo recuperar. ¿Por qué? Porque un amigo te ha testimoniado una forma distinta de mirar. ¿Cuántas veces, al encontrarnos frente a hechos como estos, hemos reconocido lo divino que pasa a través de lo humano, mientras que a menudo nos habríamos encerrado en nuestra medida? De este modo todo se abre, se reconoce lo positivo que existe y se abandona todo lo demás a la misericordia de Dios. Esta mirada que nos ha testimoniado don Giussani, que pasa de persona a persona, que a través de él nos ha alcanzado, la sorprendemos dentro de nosotros por la solicitud con que la Iglesia nos educa en ella. No es que entonces no haya que hacer nada, es más, es justamente esta mirada nueva lo que nos pone en movimiento mucho más que antes. Quizá habría sido más fácil dar la hora de clase como había previsto nuestra amiga, antes que estudiar todas aquellas cosas nuevas. Y en cambio esa circunstancia ha despertado toda su persona para poder entrar en relación con la persona invitada y con los chicos con esta novedad en la mirada, con esta mirada que nace de Otro. Una mirada que es impresionante porque nos libera, nos libera hasta llegar a este distanciarse del que habla la Escuela. Leo un correo electrónico que han mandado y que expresa hasta qué punto puede llegar esta actitud: «Me ha impresionado mucho el pasaje de *Por qué la Iglesia* en el que se dice: “La postura justa puede significar incluso un distanciarse del propio punto de vista, o de ese determinado segmento de la vida al que uno quisiera aferrarse como si lo fuera todo; pero si se lleva a cabo ese distanciamiento, ello produce una riqueza nueva y verdadera, una posesión nueva y verdadera de las cosas y de los afectos”. Tengo 35 años, soy enfermera y vivo sola desde hace cinco años. A diferencia de lo que los cánones estándar podrían prever para una chica de mi edad, no estoy casada y no tengo hijos; por decirlo todo, ni siquiera tengo novio. Lo que me impresiona de mi experiencia es que no percibo esto como un problema que tengo que resolver o como algo que debe cambiar para que yo pueda ser feliz. Sin este camino que me ayuda cada vez más a descubrirme a mí misma y a gozar de todo lo que hay en mi vida, no me interesa encontrar un marido. Este camino que hago con vosotros me ayuda a partir de lo que hay, no de lo que falta [uno se siente liberado de una medida que puede aplicar a la hora de mirarse a sí mismo]. Estoy contenta porque hay alguien que desde hace 20 años me acompaña cada vez más. Lo demás es un proyecto que no está en mis manos [podemos abandonarnos al designio de Otro]. Mirando la experiencia de amigas de mi misma edad que viven en la misma situación que yo me doy cuenta de que no es obvio no dejarse llevar por la angustia ante un proyecto de vida que podría no realizarse. Por ello me resulta todavía más evidente que se trata de una alegría que no viene de mí, y estoy profundamente agradecida por ello. No sé lo que ha pensado Dios para mí, pero me fío serenamente». ¡Qué tipo de experiencia de fe debe de vivir esta persona para poder ser libre hasta este punto, hasta esta distancia! Esto no puede ser un intento nuestro sin más, un esfuerzo nuestro, algo que uno puede realizar con sus fuerzas; es obvio que no es así. De hecho, es una prueba

de cómo lo divino pasa –pasa verdaderamente– a través de lo humano y por tanto se percibe toda la utilidad de la fe para afrontar las circunstancias de la vida que uno no ha elegido, como en este caso. Aquí se ve la diferencia entre el modo de afrontar una circunstancia como la que se acaba de describir, por parte de una persona que ha tenido la gracia de participar en un lugar como la Iglesia, y cómo la afrontan personas de su edad que viven en la misma situación. Todos percibimos la diferencia, y todos reconocemos la utilidad de la fe para afrontar la vida.

El trabajo de la Escuela de comunidad y tu entrevista en la revista española han sido una ayuda para conocerme más a mí misma y la realidad en la que me muevo. En especial me doy cuenta de que el ambiente y el momento histórico cultural, tan llenos de esa caída de las evidencias que caracteriza el cambio de época al que siempre nos reclamamos, son para mí el ámbito en el que experimento que mi fe y mi vocación son lo único conveniente que tengo, porque lo iluminan todo, incluso los aspectos que yo descartaría de forma natural. Y entonces nace un agradecimiento incluso en momentos en los que parecería impensable. En la entrevista dices: «El cristiano no tiene miedo de la inmensidad del deseo humano. [...] Cristo [...] mira toda la profundidad del corazón del hombre abrazándola: “Mira que tu corazón es tan grande que solo está a su altura el Misterio hecho carne”» («Los problemas no nos los crean los otros, los otros nos hacen conscientes de los problemas que tenemos», entrevista a cargo de Ángel L. Fernández Recuero, jot down), como dice también el capítulo sobre el que estamos trabajando: la Iglesia existe para educar en esto. He encontrado muchos ejemplos de ello en este mes, sobre todo ligados al trabajo, y quería contaros uno en especial. Durante un turno de noche llegó un joven en parada cardíaca. Desgraciadamente no fuimos capaces de salvarlo y, como sucede en estos casos, llegó el momento fatídico en el que tienes que llamar a sus familiares y comunicarles que su ser querido ha muerto. Ahí estaba la mujer, jovencísima y extranjera, acompañada por un vecino. En cuanto lo supo, se puso a gritar instintivamente: «¡¡¡Me habías prometido que nunca me dejarías!!!», refiriéndose a su marido muerto. Yo pensé enseguida: «Pero, ¿quién puede prometer esto? Ningún hombre, pero Cristo sí». Yo me he encontrado con Él y este encuentro se repite todos los días, y hago experiencia de que está conmigo en las mil ocasiones que me proporciona el día, desde las más explícitas como la vida de la “Casa”, la misa, la Escuela de comunidad y los amigos, hasta aquellas en donde se desvela entre los pliegues de la jornada, en el trabajo. Solo dentro de la relación con Él las otras relaciones son para siempre. Comprendía instintivamente que quería estar con aquella mujer, abrazarla, pidiendo que a través de mi pobre rostro cansado después de diez horas de pie ella pudiese volver a escuchar ese «¡No llores!» que tantas veces me dicen a mí. Y pensaba: «Señor, ¿qué será de ella?». Porque estando allí me daba cuenta de que mi respuesta no podía ser tratar de solucionar sus problemas. Entonces le dije: «Tu marido está ahora en el Paraíso. Está en paz. Está contigo para siempre», y al final le pregunté si se sentía con fuerzas para ver el cadáver. Me dijo que sí, pero si iba yo con ella. Estuvimos allí en silencio junto al cuerpo sin vida de su marido. Al final sonrió, con el rostro más sereno y distendido, ya no desfigurado por el dolor, el rostro de quien empieza a vislumbrar la paz, aunque sea solo como posibilidad. Por la mañana, mientras me cambiaba para marcharme, me crucé con una compañera. Me pidió perdón porque no se había despedido de mí: «En estos casos intento siempre salir por la puerta de servicio para no cruzarme con los familiares. Por suerte existen personas como tú que se quedan, porque yo no soy capaz. ¿Cómo lo haces tú?». Un gesto tan sencillo como abrazar a una mujer que acaba de perder a su marido parece imposible hoy. Cuando empecé a estudiar medicina (hace ya diecisiete

años) nunca lo habría pensado, pero lo que ha sucedido ha generado en mí una gratitud enorme por una mirada que no es mía y que sorprende en mí, que es de Otro y que deseo llevar a cada hombre, a cada paciente, a cada familiar, a cada compañero, a cada amigo con el que me encuentro. Gracias, porque sin el trabajo que me invitas a hacer yo tampoco podría imaginar esta posibilidad.

Entonces, en estas cosas que has contado, ¿dónde has encontrado las dos palabras definitivas que Cristo y la Iglesia llevan al hombre, es decir, la *persona* y el *reino de Dios*? Piensa en el modo con el que has tratado a esa mujer. ¿Por qué has podido tratarla así?

Ante todo porque yo he sido tratada así. Esto es lo primero que me ha venido a la cabeza.

¿Lo veis? Lo primero no es pensar de forma abstracta qué son la persona y el reino de Dios, sino pensar en cómo las palabras *persona* y *reino de Dios* han entrado en las entrañas de nuestro yo. Han entrado a través de lo humano. ¡Punto! Sin esto no habrías reaccionado así, primera cuestión. Segunda cuestión: esto se convierte en la ocasión para un testimonio a través del cual el cristianismo llega a otros que se topan con nosotros: «Por suerte existen personas como tú que se quedan, porque yo no soy capaz». No lo dice como un reproche a sí misma, ¡lo dice con sorpresa! No nos trata como payasos, como si el cristiano fuese un payaso. ¡No! De hecho, te pregunta con sorpresa: «¿Cómo lo haces tú?». A través de nosotros se despierta nuevamente la persona, se despierta una curiosidad. Lo que haga con esta curiosidad tu compañera es una cosa entre ella y el Misterio. Por nuestra parte, experimentamos constantemente que lo humano es el modo con el que el Misterio transmite esta percepción del yo como *irreductibilidad* y este sentido de un destino bueno para la persona, sobre todo cuando uno muere. Tal vez esa viuda no se volverá a topar con otros testimonios, quizá no hará un funeral cristiano a su marido, pero ha captado en ti una mirada distinta, que es la forma a través de la cual el cristianismo ha llegado a ella en el momento en el que todo parecía derrumbarse para ella. Nada puede impedir que llegue a cualquier persona esta mirada a través de nuestra humanidad de pobres hombres, por la gracia que nos ha sucedido. Es una irreductibilidad que nos llena verdaderamente de agradecimiento.

Al final de un encuentro de mi grupo de Escuela de comunidad de hace algo más de un mes caí en la cuenta de una chica a la que no había visto nunca, que estaba muy ocupada en apilar las sillas y en ordenar el local después de nuestro encuentro. Era la primera vez que venía. Las semanas siguientes seguía mirándola con el rabillo del ojo, y me asombraba su fidelidad al momento de Escuela de comunidad. Una mañana nos tomamos un café rápido, cinco minutos, justo el tiempo para que me dijera: «¡No te puedes imaginar la compañía que me hacéis las personas de la Escuela de comunidad!». Estaba viviendo un momento muy doloroso. No nos conocía, no habíamos hablado antes de aquel día, y sin embargo decía esto. Pienso en todas las veces que entre nosotros nuestra amistad se mide por lo que nos vemos, por lo que conseguimos hablar de tú a tú, por lo que respondemos a ciertas imágenes de preferencia. ¡En cambio esta mujer me estaba diciendo que las personas de la Escuela de comunidad somos para ella una grandísima compañía! La primera pregunta que se me quedó grabada en el corazón fue esta: «¿Qué es lo que le hace compañía a ella, y que me hace compañía a mí de verdad?». Y llena de curiosidad, la invité a cenar con algunas personas de la Escuela de comunidad, personas a las que esta nueva amiga no conocía, pero que identificaba a través de las intervenciones que se hacen durante el gesto: «La del tren», «la profesora», «la que se dejó la tarjeta en el auto grill». Durante la cena se abrió completamente hablándonos sobre ella misma, y nos dio las

gracias diciéndonos que al venir a la Escuela de comunidad había empezado a darse cuenta de que no era un error tener ciertas preguntas. Decía: «Os tengo que dar las gracias [¡a gente que conocía por primera vez!] porque en vosotros la fe está aplicada a la vida. Hasta ahora no había visto nunca algo así. La fe siempre había sido para mí una cuestión religiosa, y luego estaba la vida. En vosotros la fe y la vida están unidas». Nos contó también que las primeras veces que venía a la Escuela de comunidad no entendía mucho, pero al mismo tiempo volvía a casa dominada –como si hubiese respirado aire fresco– por lo que escuchaba. Luego, cuando empezaron a suceder ante sus ojos las palabras que leía, entonces comprendió: «Todo lo que me está sucediendo es un punto de no retorno para mí. Ahora veo la realidad, veo cosas que antes no veía. No sé cómo puede ser posible, y sin embargo es así». Mientras la llevaba a casa, me contó que las semanas posteriores a la primera Escuela de comunidad había preguntado varias veces al amigo que la había invitado quién era yo. Este le decía algunas cosas sobre mí, por ejemplo: «Es la abogada de la que te he hablado», y, ante su insistencia, cada vez añadía detalles nuevos. Pero ella no se rendía: «Sí, sí, he entendido, pero, ¿quién es?». Me dejó sin palabras. En el coche seguía insistiendo: «Esa mirada de la que habláis, esos “ojos de cielo” de los que hablaba la canción que cantasteis la primera vez que vine, esos ojos los tienes tú, ¿sabes?». Volviendo a casa tuve que apagar la radio. Me viene a la cabeza un pasaje de tu entrevista: «Los que encontraron a Jesús estaban tan sorprendidos de lo que sucedía estando con él que exclamaban: “Nunca hemos visto una cosa igual”. Experimentaban tal fascinación que iban detrás de él» («Los problemas no nos los crean los otros, los otros nos hacen conscientes de los problemas que tenemos», entrevista a cargo de Ángel L. Fernández Recuero, jot down). ¿Quién no desea la memoria conmovida de esta exclamación: «Nunca hemos visto una cosa igual»? Y esto era lo que estaba sucediendo delante de mis ojos. Delante de esta amiga mía yo me estaba dando cuenta de la diferencia que me ha aferrado y de que esto me hacía feliz. Me daba cuenta de que era feliz de poder reconocer que Jesús vive en mí. Esto es lo que me hace feliz. Toparme con ella me estaba devolviendo el encuentro que me había sucedido y que sucede en mi vida, pero que yo tengo una tremenda necesidad de conocer. Toda mi persona surge del Misterio que sale a mi encuentro y que me permite tomar conciencia de quién soy. Cuando Él se adentra en mi vida cambia la percepción que tengo de mí misma. ¡Qué cierto es que la palabra definitiva sobre mí yo es el Verbo que se nos ha comunicado haciéndose carne! Puedo vivir toda la jornada corriendo detrás de muchos segmentos, pero solo la conciencia de mi persona como dependencia total, como relación, hace arder mi corazón. La única posibilidad de amistad verdadera entre nosotros es recordarnos aquello por lo que yo soy irreductiblemente yo, la dependencia de Él, el hecho de que Él me hace. Esto me hace verdaderamente feliz. Esto es lo que ha acompañado a esa amiga nuestra, antes incluso de conocernos, y es lo mismo que me hace compañía a mí: ha encontrado un lugar en donde la misericordia se ha hecho carne y habita en medio de nosotros, en mí.

Esta noche tenemos que marcharnos de aquí habiendo tomado conciencia de lo que has dicho. Repite las palabras que esta amiga te dijo, porque así podremos identificar qué es lo que le hace compañía.

«En vosotros la fe está aplicada a la vida».

«La fe aplicada a la vida». De hecho, la fe que había vivido antes, ¿qué era para ella? «La fe siempre había sido para mí una cuestión religiosa, y luego estaba la vida». ¿Qué dice esto a propósito del capítulo primero que trabajamos la vez anterior? Que lo divino pasa a través del humano. No es algo yuxtapuesto a lo humano, no, sino que pasa a través de lo humano, dentro de lo humano, dentro del modo con el que vivimos. Todo el

capítulo en el que estamos trabajando tiene como finalidad hacernos comprender cuál es la utilidad de la fe para la vida, qué quiere decir pertenecer a la Iglesia después de haber tomado conciencia de todos los factores constitutivos y de que lo divino pasa a través de lo humano. ¿Por qué pasa a través de lo humano? En todos los ejemplos que se han puesto –y esta amiga lo dice de forma explícita–, ¿qué es lo que hemos visto suceder? Que «la fe está aplicada a la vida», que incide en la vida. En otras palabras, seguir a Cristo significa hallarse en las condiciones para afrontar la vida y la realidad de una forma distinta. Este es el tema del capítulo. ¿Qué tiene que ver la Iglesia con la realidad terrena y con el camino del hombre a su destino? ¿Qué tiene que ver? ¿Qué novedad introduce? Desde luego no esa de vivir como todos añadiendo después el discurso. De hecho, la mirada y la forma de estar en la realidad de los que participan en la vida de la Iglesia testimonian que ha sucedido algo distinto. Y esto es muy interesante porque nos dice de qué modo llegamos a ser una presencia. ¿Qué significa estar presentes? ¿Qué es lo que acompaña a las personas y me hace caer en la cuenta de mí mismo? Como ha dicho tu amiga hablando sobre ti: «Pero, ¿quién es?». ¿Por qué insiste en preguntarlo? Porque todas las definiciones que ha recibido no le sirven, no son útiles para su vida. «¿Quién es?». Darse cuenta de esto genera una conciencia de nosotros mismos, un agradecimiento (como decíamos antes), una percepción que nos hace estar agradecidos porque nos descubrimos determinados por esta autoconciencia. Es decir, hemos visto cuál es la utilidad de la fe para afrontar las circunstancias de la vida. Esto es lo que nos interesa. Si eso no sucede en nuestra vida cotidiana, si la fe no sirve para vivir nuestras circunstancias, no interesará a los demás. Una fe yuxtapuesta a la vida no interesa a nadie, ni siquiera a nosotros. Por el contrario, empieza a interesarnos y empieza a interesar a la gente cuando la fe se comunica a través de lo humano, cuando pasa a través de lo humano. Y esto se ve en el tipo de provocación que la compañía representa para tu amiga, que no necesita sentimentalismos varios, sino verse liberada por una novedad de vida, una novedad que ha encontrado en la Escuela de comunidad. Si además puede tomar un café contigo, mejor todavía, pero esta amiga tuya ya estaba contenta por lo que le había sucedido antes, llegando incluso a los aspectos particulares. A veces creemos que nuestra amistad no tiene que ver con los aspectos particulares. Pero es lo contrario. De hecho, el primer indicio que esa amiga te ofreció de lo que estaba sucediendo en ella fue que ordenaba las sillas del local. Parece una cosa banal, y en cambio responde justamente a la pregunta que a veces nos hacemos: ¿Qué tiene que ver la fe con los aspectos particulares? Jesús nos dice: «Daos cuenta de que la novedad que he venido a traer no deja nada fuera». Es lo contrario del “todos vale”, que es como decir: podemos tener manga ancha porque da todo igual. En cambio, Jesús dice: «En verdad os digo que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra de la ley. El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes y se lo enseñe así a los hombres será el menos importante en el reino de los cielos. Pero quien los cumpla [...] será grande en el reino de los cielos» (Mt 5,18-19). Preocuparse por las sillas, ¿es moralismo o es el dilatarse de esta novedad que llega hasta las sillas? Si te enamoras y vas a la peluquería, ¿se trata de un añadido moralista o bien es el signo de que esa novedad llega hasta ahí, hasta el deseo de ir bien peinado? ¿Y por qué recogía don Giussani cualquier trozo de papel que veía por el suelo? No lo hacía por moralismo, sino porque ese gesto suyo no estaba separado del origen, lo hacía de hecho por una exuberancia de ese origen, como atención a todos los aspectos particulares. Por eso es equivocada la actitud según la cual si lo que hemos encontrado es algo extraordinario, entonces podemos hacer lo que queramos. ¡Es justo lo contrario! Cuanto más está presente esta novedad más tiene que ver con todo. Y la gente que lo vive, como veis, lo describe sin hacer discursos, con sencillez. Y tú te das cuenta de ello y

esto te impresiona. Nos impresiona. ¿Por qué? Porque tienes que preguntarte: «Pero, ¿qué le ha sucedido a esta persona para que llegue a interesarse incluso por el último detalle?». Es una novedad que llega a todos los aspectos: llega al modo con el que uno ordena la casa, la habitación o la oficina, al modo con el que se interesa por todo por la pretensión totalizante de un hecho cuya novedad no deja fuera nada de lo que toca. ¿Y cómo puede no interesarle a una persona ver que alguien está tocado por esta preferencia, por esta elección de Dios, hasta el punto de que todo en su vida se ve exaltado? En la medida en que vivamos esto como gratitud, como exuberancia de lo que nos ha sucedido, podremos manifestar a todos, testimoniar a todos cómo, a través de nuestros límites, pasa justamente la novedad divina que nos ha sucedido.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 22 de marzo a las 21 horas. En este mes retomaremos la segunda parte de este capítulo, UNA MISIÓN DE LA IGLESIA CON EL HOMBRE TERRENAL, los puntos seis al nueve, de la página 222 a la 230.

Está a punto de comenzar el tiempo de Cuaresma, y esto debe hacer que nos preguntemos por qué la Iglesia nos lo propone cada año. ¿Qué ocasión supone para cada uno de nosotros? ¿Por qué la Iglesia, que se muestra como madre con cada uno de nosotros, no nos deja seguir nuestro camino sin este reclamo a la verdad de nosotros mismos que es la Cuaresma? ¿Qué paso nos pide que demos en nuestro camino? ¿Por qué nos lo propone cada año? Para que no nos perdamos lo que hemos visto esta noche; no lo hace para añadir complicaciones nuevas a la vida, sino para que no nos perdamos la novedad que nos ha alcanzado.

En este periodo se están celebrando en Italia y en todos los países las misas para recordar el aniversario del reconocimiento de la Fraternidad, que es el modo con el que la Iglesia ha querido confirmar la bondad del camino que estamos haciendo, y el aniversario de la muerte de don Giussani, que es precisamente hoy. Pidamos ser fieles, a pesar de todos nuestros límites, al camino que don Giussani ha marcado. Por ello nos ponemos de pie y rezamos un *Gloria* por él.

Gloria
Veni Sancte Spiritus